

CHAMUSQUINA

NOELIA
LORENZO
PINO



El hallazgo de numerosos pájaros muertos en el parque natural de Peñas de Aia y el violento accidente de un amigo, espolearán a Laura, una excocainómana que está intentando reconducir su vida, a sumergirse en una peligrosa investigación.

Luchará sin descanso, con la ayuda de su hermano *ertzaina*, hasta descubrir la verdad.

Pero ¿cómo enfrentarse a una red que con sus tentáculos ha alcanzado a políticos, policías y empresarios?

Noelia Lorenzo Pino, en su ópera prima, nos presenta una novela negra con tintes de *thriller* medioambiental en la que refleja a la perfección la corrupción que corroe a la sociedad actual.

«Nuestra integridad vale tan poco, pero es todo cuanto realmente tenemos. Es el último centímetro que nos queda de nosotros. Si salvaguardamos ese centímetro, somos libres».

V DE VENDETTA

*Siete años después, te la vuelvo a
dedicar a ti,
Álvaro, porque sin tu apoyo
incondicional
Chamusquina no sería la misma.*

Irun, 1 de noviembre. Miércoles

Eran las diez de la mañana y el día estaba completamente despejado. Un azul intenso gobernaba el cielo. Laura paró el motor de su coche en un aparcamiento del monte Erlaitz. No había ningún otro vehículo estacionado. No se atrevía a salir del Ford Fiesta porque hacía un frío del carajo. Dos grados bajo cero. Eso marcaba el termómetro de su coche. No recordaba un otoño tan frío. Se abotonó hasta el cuello el abrigo y se armó de valor para salir a la calle. En pocos segundos sintió cómo el pantalón vaquero se le helaba. Tal vez no llevara la ropa más apropiada, pero no tenía otra. Con ella había tirado durante los meses más fríos del invierno pasado. Percibió un olor a chamuscado, a hoguera. Dedujo que algún casero estaría quemando rastrojos de su huerta. Inspiró hondo y notó cómo el frescor le despejaba la cabeza. Caminó rápido entre los helechos hacia el bosque que se abría a la derecha para protegerse de la punzante corriente de aire. El viento, al pasar entre los troncos, emitía un sonido que se asemejaba al del agua cayendo por una cascada. Se colocó junto a un pino y cruzó los brazos sobre el pecho para darse calor. Desde allí, a 497 metros de altitud, podía observar la ciudad en todo su esplendor. Se quedó embobada mirando las vistas. La apaciguaban los sonidos y la tranquilidad de la naturaleza. Bajó los párpados y afinó el oído. Se escuchaba, aparte del silbido del viento, los cencerros del ganado. Erlaitz pertenecía al parque natural de Peñas de Aia y los animales vivían en li-

bertad: caballos, vacas, ovejas... Laura abrió los ojos y vio entre los pinos una vaca pastando. Parecía deferente. A causa del frío, estas habían echado más pelo, un pelo largo y pardusco. Se le antojó que estaba en Noruega y que era un buey almizclero. Los recordaba de un documental de La 2 al que se enganchó una noche de insomnio.

Se había vuelto una persona solitaria. Había mañanas en que se levantaba angustiada y las paredes de la casa la asfixiaban. Aquellos días conducía hasta el monte y observaba la vida pasar. Desde allí arriba todo le parecía más sencillo y le hacía olvidar sus ansiedades. «Respira, no pasa nada», se decía. «Contempla tu entorno e imita el comportamiento de la naturaleza. Nada de complicaciones, solo vivir y seguir adelante».

No se había cruzado con nadie, aunque no era de extrañar teniendo en cuenta la baja temperatura. Solo estaban la vaca y ella. Se apoyó contra el tronco y bostezó. De repente algo le golpeó la cabeza. Se frotó con la mano donde había recibido el impacto y miró al suelo. Esperaba encontrar una piña, pero no fue así. A sus pies había un gorrión muerto.

—Vaya, pobrecito.

Se agachó y analizó al pájaro de cerca. Acarició su plumaje marrón. Estaba frío. Pensó que habría muerto sobre alguna rama y que, al apoyarse ella sobre el tronco, había caído al suelo. Cuando estaba a punto de levantarse, distinguió otro gorrión a medio metro. También muerto. Estudió con detenimiento el terreno y descubrió más ejemplares. El corazón empezó a latirle deprisa. ¿Qué les había sucedido? ¿Sería el frío? Oyó un crujido a sus espaldas. Se giró sobresaltada y vio a un hombre que caminaba deprisa por el bosque. Solo pudo verlo de espaldas. No era muy alto. Llevaba un plumífero marrón, un gorro azul marino y un pantalón vaquero. Consultó el reloj. Ya había pasado media hora. Decidió volver al aparcamiento. A las once tenía cita con el médico y no quería llegar tarde.

Cuando llegó al coche, se dio cuenta de que le había salido un pequeño chichón en la cabeza.

La consulta de Jaime Martín estaba en plena ciudad, cerca del centro comercial. Era una casa mediana de dos plantas sita en la calle Mendibil, la última de la cuesta.

Le había costado aparcar e iba deprisa para no llegar tarde, tan solo quedaban tres minutos para las once de la mañana. Siempre llegaba agotada a la puerta. Para recuperar el aliento, esperó unos instantes antes de llamar. Su agitada respiración le recordaba que tenía que empezar a hacer ejercicio: otro nuevo propósito para su lista. Tenía treinta y tres años y, a pesar de que aparentaba menos, le parecía tener la agilidad de un viejo. ¿Qué les pasaba a sus malditos músculos?

Se frotó las manos con ímpetu, las tenía heladas y agrietadas. El frío era tan seco que el viento cortaba la piel como finas cuchillas. Estaba siendo el otoño más frío que se recordaba en Irun, o al menos eso decían los más ancianos.

Llamó a la puerta y enseguida abrió una mujer de mediana edad. Era Luisa, la asistente del doctor. Era bajita y rechoncha pero tremendamente ágil. ¿Por qué todo el mundo parecía estar más en forma que ella? Detestaba esa sensación.

—Hola, bonita. Pasa, pasa —le dijo con amplia sonrisa y agitando un trapo azul que llevaba en la mano.

Se apartó de la puerta para que entrase y la acompañó a la sala de espera antes de desaparecer por el largo pasillo.

La estancia era amplia. Había una mesa central de madera y seis sillones de color granate. Eran cómodos. Laura intentó relajarse. Sobre la mesa había revistas de viajes y de salud, y algún que otro cuento infantil. Las únicas que interesaban a Laura eran las de viajes y ya se las sabía de me-

moria. Pensó que Jaime debería renovar más a menudo su oferta de lectura.

La casa de Jaime era enorme. Tenía entendido que él vivía en la planta superior con su hijo, al que ella no conocía. La planta principal la utilizaba para las consultas. Escuchó una melodía procedente de arriba. Laura afinó el oído y reconoció la canción «Just like heaven» de The Cure.

«Vaya... tiene buen gusto», dijo para sí.

Su hermano, de adolescente, era fanático de los Cure y ella se sabía todas las canciones de memoria. Escuchar aquella le trajo buenos recuerdos.

Jaime había sido durante mucho tiempo el médico de cabecera de su familia. Hacía más de cuatro años que había dejado el ambulatorio para dedicarse por completo a la homeopatía unicista en la que él realmente creía. Un único remedio para cada paciente.

Estaba rebuscando en las revistas, por si había pasado por alto alguna de viajes, cuando Jaime se asomó por la puerta.

—Hola, Laura, ¿qué tal todo? —preguntó sonriente y sin soltar el picaporte.

—Bien —contestó ella, poniéndose de pie.

Ambos pasaron a la consulta. Allí siempre hacía calor. Laura se desprendió del abrigo y se sentó frente a Jaime. Los nervios y la elevada temperatura provocaron que comenzara a sudar.

—Cuéntame, ¿cómo vas? —preguntó mientras buscaba un bolígrafo en el bolsillo de la bata blanca.

—Bien. —Sabía que le tocaba hablar aunque no tuviera ganas.

—La última vez que viniste fue hace tres meses, si no me equivoco. —Hojeó el informe que tenía sobre la mesa antes de proseguir—. ¿Qué tal te ha ido durante este tiempo?

—Bien. Sigo sin consumir nada.

—¿Y qué tal? —insistió levantando la mirada—. Cuéntame.

—A días... Los hay en que solo pienso en ello, desde que me levanto hasta que me acuesto. Pero voy aguantando. Ya van tres meses y medio desde la última vez.

—¿Cuándo te sentiste deprimida por última vez?

—Esta mañana. Pero ya estoy mejor.

—¿Ah, sí? ¿Por qué crees estar mejor?

Laura observó cómo Jaime esperaba las reacciones. Todo era importante en la homeopatía.

—He cogido el coche y he subido al monte. Eso me ayuda. Me hace sentir libre. Antes, lo único que hacía era currar y consumir. Trasnuchar y consumir. Dormir y consumir. Cuántas cosas me he perdido en todo ese tiempo —se lamentó mientras se frotaba la cara con las dos manos.

—¿Crees que te has perdido muchas cosas?

«¿Tú qué crees? Ya te lo he dicho», pensó ella.

Estaba crispada y con ganas de llorar. A veces detestaba esas lentas consultas. Dar vueltas a las mismas cuestiones... Pero sabía que a la larga funcionaba.

—Sí. Demasiadas —respondió ocultando su agobio.

—¿Has vuelto a hablar con Joseba?

—Me llama, pero no contesto. Me manda algún mensaje diciéndome que no puede vivir sin mí, que me necesita y ese tipo de cosas.

—¿Y qué sientes cuando lees los mensajes?

—Que todo aquello se acabó. Juntos intentamos dejar toda esa basura. Fuimos incapaces. Se ponía superagresivo cuando no consumía. Me mentía. Decía que no podía. Joder, para mí también era difícil, pero merecía la pena seguir luchando. ¿Qué futuro de mierda nos esperaba? Llegué a la conclusión de que él no quería realmente dejar la coca. El día que rompimos me metí una raya. Qué ironía, ¿verdad? Fue la última.

—¿Sigues teniendo las mismas pesadillas? —preguntó mientras escribía en un folio.

—Sí.

—¿Con qué frecuencia?

—No pasa una semana sin que no las tenga.

—Háblame de ellas.

Laura tomó aire antes de comenzar.

—Estoy en casa de algún colega, o en algún bar, y de pronto soy consciente de que me he metido un par de rayas. Me entra una angustia muy fuerte. Me siento arrepentida. En el sueño no me explico cómo he podido tirarlo todo por la borda y no me veo capacitada para empezar de nuevo. Entonces Joseba se acerca, me agarra de la mano y me lleva al baño. Sobre la taza hay tres rayas perfectamente colocadas para que nos las metamos. Me da un billete enroscado, yo me agacho y esnifo una. Me veo a mí misma haciéndolo y no sé cómo pararme. No quiero hacerlo, pero lo hago. Entonces me despierto.

—¿Qué sientes al despertarte?

Laura intentó evitar que se le notara la apatía y tragó saliva para disipar el nudo de la garganta. Profundizó en el vacío y en la ansiedad que le oprimía el pecho al despertar. Jaime escuchaba, apuntaba y preguntaba con interés.

«¿Qué hora será?», se dijo Laura. «No me mires así, que no sé qué más contarte».

Aunque lo pasaba mal en las consultas, tenía que reconocer que Jaime la había ayudado mucho. Confiaba en él y le caía bien. Observó su abundante cabello plateado y su atractiva madurez. Era alto y delgado pero fuerte. Ni un ápice de grasa, nada, no había tripa en ese cuerpo de más de cincuenta años. El tío se cuidaba.

Intuía que la cita estaba llegando a su fin. Ya le había recetado su remedio de siempre, pero en una dilución más alta.

Generalmente, al terminar la consulta charlaban un rato. Dejaban al margen el asunto de la droga. A Laura le venía bien desviar la atención. Siempre había algún tema que tratar: la gripe A y la alarma social que generaron las empre-

sas farmacéuticas y el gobierno, la manipulación en los programas informativos y, por supuesto, la crisis...

Jaime se relajaba con Laura, la conocía desde hacía años. La veía casi a diario porque era cliente habitual de la pastelería en la que trabajaba. Tenían una buena relación. En alguna ocasión le había explicado el porqué de la homeopatía y la razón de las diluciones, algo que solo hacía con pacientes de confianza. La observó un instante. Pensó que seguía siendo una mujer hermosa e inteligente, a pesar de la adicción que había mantenido durante años. Quería ayudarla de veras para que rompiera completamente con su pasado.

Laura, que no había olvidado el castañazo que le había dado el pájaro muerto, decidió comentárselo.

Se levantaron a la vez.

—Jaime —dijo de repente.

—Dime.

—Esta mañana he visto en Erlaitz un montón de pájaros muertos.

Laura notó cómo a Jaime se le tensaban los músculos de la cara. Se quedó como ausente y en silencio.

—Estaban por el suelo. Había más de diez —añadió sin saber muy bien qué decir.

—¿Dónde estaban? —preguntó serio.

—Cerca del Castillo del Inglés, en el bosque de pinos.

—¿A qué hora ha sido?

—Serían las diez.

Jaime se volvió a callar.

—¿Pasa algo?

—No, no. Está haciendo mucho frío. Supongo que habrán muerto por un golpe de frío.

—Ya. Me lo he imaginado. La verdad es que me ha impresionado ver tantos a la vez.

—Normal. No te preocupes, tú protégete del frío y no te alarmes. Nos vemos dentro de dos meses —dijo consultando el calendario y anotando la fecha en una tarjeta.

Caminaron juntos por el largo pasillo, entre láminas de Gustav Klimt, y se despidieron en la puerta.

Apenas Jaime regresó a la consulta, cogió el teléfono y marcó un número.

—Acabo de estar con una paciente. Me ha dicho que ha visto varios pájaros muertos en Erlaitz, en el bosque de pinos que hay junto al Castillo del Inglés. Se les está yendo de las manos. Es un descuido muy gordo. Si estás libre, yo hasta la tarde no tengo ninguna consulta más. ¿Nos vemos donde siempre?

Laura bajaba la cuesta peleando con el aire frío y decidiendo qué hacer hasta la hora de comer. Desde que había dejado de consumir, tenía que mantenerse ocupada todo el santo día. La hiperactividad la tenía frita. Se acercó en coche hasta su casa y cogió su cámara de fotos. Se había aficionado a la fotografía desde que su hermana Nora se la regaló por su cumpleaños. Nuevo *hobbie*: bienvenido, tiempo para no pensar. Y así con todo: cine los viernes, echar una cerveza los sábados con Ane, su compañera de curro, ir más a menudo a casa de los aitas, leer todos los meses la revista de moda de su hermana —aunque no le interesara—, y las de la competencia para aconsejarla. A menudo, se agobiaba y sentía que estaba viviendo una vida que no era la suya. Pero, aun así, se consideraba una tía fuerte y con suerte. Sus nuevos objetivos eran vivir y ser feliz. Disfrutar de la vida totalmente sobria.

A las doce y media estacionó donde lo había hecho por la mañana, y advirtió que otra vez volvía a ser el único vehículo del aparcamiento. Salió con decisión y caminó hasta el bosque a paso ligero, sin apartar la mirada del camino. Quería fotografiar la escena que no conseguía borrar de su cabeza: ese suelo salpicado de pájaros muertos.

Llegó hasta el mismo tronco en el que se había apoyado y se sorprendió al no ver ninguno. ¿Habrían sido aluci-

naciones? ¿Dónde estaban? Anduvo entre los pinos, rebuscó entre las hojas secas y no encontró ninguno. Joder, estaba segura... Se hallaban por todas partes. ¿Los habían retirado? Recordó al hombre del plumífero marrón al que vio de espaldas. ¿A dónde iba tan rápido? ¿No llevaba una vestimenta algo pija para andar por el monte? Un tipo un tanto peculiar. Dio varias vueltas durante un cuarto de hora hasta que, muy a su pesar, decidió volver al coche. Estaba helada de frío y no quería pillar una pulmonía. De camino al aparcamiento paró un instante, los ojos le lloraban por el aire y las lágrimas le hacían cosquillas en las mejillas. Al echar la mano al bolso, bajó el rostro y descubrió uno. Era un gorrión. Estaba tirado entre unas hojas secas de roble. Sacó un pañuelo y recogió el cuerpecito de plumas pardas. Lo envolvió con delicadeza y lo metió en el bolsillo del abrigo. Pensó en Ainhoa, la veterinaria que atendía a sus gatas. Consultó el reloj. Casi la una. Le daba tiempo a llegar a la clínica Higer.

A Laura le encantaba el letrero de aquella clínica veterinaria. Junto al nombre aparecía el faro de Hondarribia, dibujado como a carboncillo, y de sus ventanas salían perros y gatos mirando alegres y jadeantes. Entró directamente en la sala y Ainhoa no tardó en atenderla.

—Hola, Laura, qué raro tú por aquí sin tus pequeñas —dijo con tono amable.

Se conocían desde la infancia. De niñas vivían en el mismo bloque y, a pesar de que Ainhoa era algo mayor, jugaban juntas en el barrio.

«Qué tiempos aquellos», pensó Laura. «Todo eran juegos e imaginación. Volvería a ellos con los ojos cerrados».

Ainhoa era de baja estatura y tenía una melena larga y rizada. Laura la observó. No había cambiado tanto. Tenía la misma cabellera azabache y la piel fina y clara. Recordaba que de niña se reía por todo, a carcajadas, una risa conta-

giosa. Ahora, sin embargo, no siempre parecía tener un buen día. A menudo estaba seria y ensimismada. La confianza se había ido perdiendo con el paso de los años y Laura lamentaba no poder ayudarla cuando la veía triste y gris. Pero hoy no era uno de esos días, hoy sonreía alegre mostrando la separación de sus paletas.

—Esta mañana he subido al monte y he encontrado varios pájaros muertos. Estoy un poco mosqueada. Te he traído uno para que lo examines.

Laura sacó el pañuelo del bolsillo y le mostró el pajarillo.

—Vaya, ¿dices que has visto más? —comentó tomándolo entre sus manos.

—Sí. Estaban tirados por el suelo. Por lo menos había una docena.

—Supongo que morirán por los golpes de frío, este mes está siendo duro y estos cuerpecitos...

—¿Tú crees?

—No estoy segura. Déjame para que lo analice.

—Gracias. Te debo una cerveza.

—Te tomo la palabra —dijo volviendo a sonreír—. Ya hablaremos.

Al salir, Laura barajó la idea de retomar la relación con Ainhoa y sintió un atisbo de ilusión.

Irun, 11 de noviembre. Viernes (diez días después)

Era temprano cuando el teléfono móvil sonó sobre la mesilla. El Checo abrió sus ojos azules y se sentó en el borde de la cama. Un fuerte dolor le oprimía las sienes y las cejas. Se sintió mareado. Le molestaba hasta la luz grisácea que se colaba por las tres únicas rendijas abiertas de la persiana. Se apretó con fuerza la parte alta de la nariz con los dedos y después miró la pantalla del teléfono. Era Iñaki.

—Dime —contestó con voz ronca.

—¿Te pilló en mal momento?

—A estas horas de la mañana siempre es mal momento —replicó secamente.

—Tenemos un caso urgente.

—¿Para cuándo?

—Para hoy.

—Bien. ¿A qué hora nos vemos?

—¿Qué te parece a las tres de la tarde donde siempre?

—Bien.

—Vas a necesitar un coche. ¿Te dará tiempo?

—Ya sabes que tengo mis contactos. No será problema.

—Entonces nos vemos luego.

El Checo colgó y se volvió a tumbar sobre la cama. Aún eran las nueve de la mañana, le daba tiempo a dormir otro rato.

Al taparse con las sábanas, una bocanada de malos olores corporales le atravesó la nariz como una flecha. Sintió